

Jorge Mestre

Analista en Relaciones Internacionales y Asesor en el Consejo de Europa.

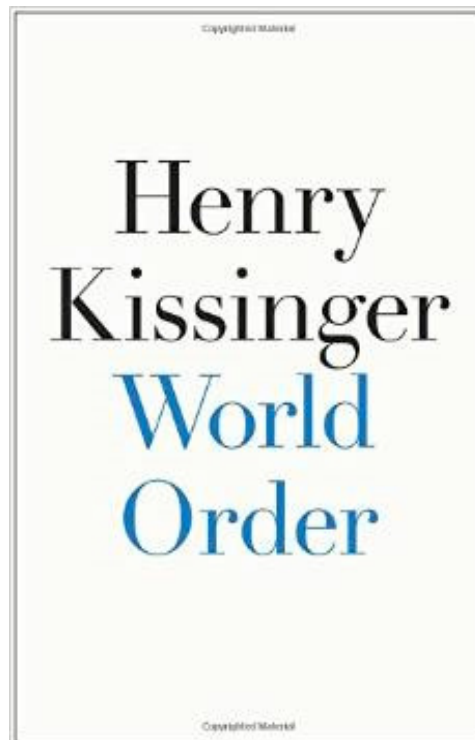
RESEÑA

DEL LIBRO: WORLD ORDER

Autor: Henry Kissinger.

Editorial: Nueva York, The Penguin Press, 2014.

ISBN: 1594206147 (420 páginas)



Decía Kenneth Waltz que construir una teoría de las relaciones internacionales basada en elementos históricos entraña riesgos. Pero la pregunta parece obvia. ¿Es la historia algo progresivo, lineal y direccional, como la describió Fukuyama (1996) o como Kissinger sugiere en su último libro, “World Order” (Orden Mundial), una sucesión de elementos ya conocidos que vuelven a reproducirse?

Kissinger subraya en “World Order” que el sistema nacido tras Westfalia (1648) definió el marco de un orden internacional que se basó en la figura del estado, y así ha permanecido hasta la actualidad. El Congreso de Viena de 1814 es nuevamente exaltado por el autor porque las grandes potencias se coordinaron para preservar un orden estable. Aunque no conviene obviar que el Congreso de Viena también convirtió al zar Alejandro I en árbitro de asuntos europeos, circunstancia que le permitió anexionarse buena parte de territorio de la actual Polonia.

Entre lo que hemos encontrado más destacable recorriendo las páginas de este libro, señalamos que sus palabras actúan como un gran zoom que ofrece una panorámica de las tendencias y hechos históricos más relevantes, para enfocarse luego en una serie de pequeños detalles y anécdotas que ilustran sus planteamientos.

La anarquía, que parecía superada en las relaciones entre los estados tras el final de la guerra fría, y que anunciaba un nuevo estadio en la cooperación interestatal, ha adquirido mayor protagonismo en el sistema internacional; fomentando la perspectiva realista de las Relaciones Internacionales que, hace 25 años, atravesaba una fase de cierto declive.

El propio Kissinger, a sus 92 años, observa perspicazmente señales en la actualidad que nos conducen hacia un hobessiano estado de naturaleza, en Siria o en Irak, donde no hay otras reglas que las impuestas por el más fuerte.

Las relaciones entre los estados son más conflictivas de lo que lo eran una década atrás; pero, al mismo tiempo, los actores estatales muestran más debilidades que antaño, y también más incapaces para poder controlar los movimientos de descontento popular, de fragmentación cultural, la escasez de recursos, la degradación del medio ambiente. Por su parte, Estados Unidos tampoco ofrece ya la voluntad o capacidad de tranquilizar a los aliados y disuadir a los adversarios. El “Orden Mundial” parece cada vez más una quimera.

A mi juicio, todo esto es consecuencia directa de una multipolaridad desequilibrada que se va abriendo paso en el sistema internacional. En otros momentos la multipolaridad se sustentaba por el equilibrio de poderes; pero en la actualidad ese mismo equilibrio se torna más frágil, debido principalmente a la aparición en escena de potencias regionales, cuya política exterior puede adscribirse a posiciones revisionistas.

Tomemos como ejemplos los casos ruso o chino. Desde hace más de diez años, el país que tenía visos de provocar un choque frontal con Estados Unidos era China, debido a su progresión como “gran potencia”. Sin embargo, las relaciones entre Pekín

y Washington se han caracterizado por la defensa de los intereses nacionales respectivos, pero sin llegar a ningún enfrentamiento. Todo lo contrario de lo que sucede con Rusia, un estado al que se suponía que con el colapso soviético y con su apertura, parecía predestinada a abrazar el modelo liberal occidental.

El paraíso kantiano de la Unión Europea devolvió la estabilidad y convivencia pacífica a sus partes integrantes; pero fuera de ella, el mundo se parece más al de finales del siglo XIX que al que los liberales, como Fukuyama, Doyle, Keohane o Nye creyeron encaminarse.

Hoy en día, no existe un criterio de la UE respecto a Rusia más allá de las sanciones impuestas por la crisis ucraniana. Si a finales del siglo XIX eran Francia y Rusia quienes trataban de detener el ascenso imparable de Alemania, ahora son Francia y Alemania quienes tratan de contener a Rusia; sobrepasando incluso el marco que brinda la propia UE.

Pero a pesar de las sanciones, EE UU y Europa necesitan a Rusia para avanzar en cuestiones básicas. Esto es especialmente cierto en lo que respecta a Siria, donde su propuesta de confiscar las armas químicas sigue manteniendo al presidente Bashar al-Asad, un aliado del Kremlin, en el poder, o en las negociaciones sobre el programa nuclear de Irán.

Con la volatilidad del mundo actual, escribe, resulta crucial que EE UU siga participando en el escenario mundial como “equilibrador” en regiones como Oriente Medio y Asia, sobre todo en un momento en el que Europa parece estar mirando más hacia su interior que hacia el resto del mundo.

Asistimos pues a un período en el que los estados se resitúan como principales actores unitarios de la política internacional, donde la anarquía del propio sistema y la maximización de la seguridad figuran como principales fuerzas que definen el comportamiento de las grandes potencias. Kissinger concluye afirmando que le gustaría vivir en un mundo más estable, más “vienés”, ya que el “orden mundial” en la actualidad no es un orden, ni puede considerarse mundial.

